

Frederick Douglas, *Vida de un esclavo americano escrita por el mismo, 1845.*

I

Nací en Tuckahoe, cerca de Hillsborough, a unas doce millas de Easton, en el condado de Talbot, Maryland. No tengo conocimiento exacto de mi edad, y es que nunca he visto una auténtica partida de nacimiento que la indique. La mayor parte de los esclavos tienen tan poco conocimiento de su edad como los caballos de la suya y, hasta donde yo sé, es deseo de los amos mantener a sus esclavos en la ignorancia. No recuerdo haber conocido a ningún esclavo que pudiera decir la fecha de su cumpleaños. Rara vez pueden aproximarse a ella de un modo más exacto que indicando que fue por época de siembra o cosecha, de cerezas, en primavera o en otoño. La falta de información sobre mí mismo fue una fuente constante de infelicidad durante mi infancia. Los niños blancos podían decir su edad, sin saber por qué, yo estaba privado de ese privilegio. No tenía permiso para hacerle preguntas a mi amo sobre ese tema. Él consideraba que cuando tales preguntas provenían de boca de un esclavo eran impropias e impertinentes además de indicio de un espíritu rebelde. La estimación más aproximada que puedo hacer es que actualmente estoy entre los treinta y siete y los treinta y ocho años de edad. Llegué a esta conclusión cuando escuché a mi amo decir una vez en 1835 que tenía diecisiete años aproximadamente.

Mi madre se llamaba Harriet Bailey. Era hija de Isaac y Betsey Bailey, ambos de color, y muy oscuros. Mi madre era de tez más oscura que mi abuela o mi abuelo. Mi padre era blanco. Así lo han admitido todos aquellos a los que he oído hablar de mis padres. Se rumoreaba también que mi amo era mi padre, mas sobre la veracidad de tal opinión nada sé; las vías de conocimiento me fueron vetadas. Me separaron de mi madre cuando yo era tan sólo un infante; antes de que la pudiera reconocer como mi madre. Es costumbre habitual, en la zona de Maryland de la que yo escapé, separar a los niños de sus madres desde muy temprana edad. Es frecuente que, antes de que el niño haya cumplido los doce meses, cojan a su madre, la arrenden en alguna granja a considerable distancia y pongan al niño bajo la tutela de una mujer mayor, demasiado mayor como para trabajar en el campo. Por qué razón se hace esto es algo que no entiendo, salvo que sea para impedir que el niño desarrolle afecto por su madre o para debilitar el cariño natural de la madre por el niño. Al menos, ese es el resultado inevitable.

No vi a mi madre, reconociéndola como tal, en más de cuatro o cinco ocasiones en mi vida; y siempre durante poco tiempo y por la noche. Fue arrendada al señor Stewart, que vivía a unas doce millas de mi casa. Viajaba por la noche para verme. Hacía toda la distancia a pie después de su jornada diaria de trabajo. Trabajaba en el campo y no estar al amanecer en el puesto de trabajo se castigaba con el látigo salvo que el esclavo tuviera un permiso especial de su amo o ama que le eximiera, permiso que casi nunca concedían y cuando lo hacían era para poder vanagloriarse de ser buenos amos. No recuerdo haber visto jamás a mi madre a la luz del día. Me acompañaba durante la noche. Se recostaba conmigo y me dormía. Pero mucho antes de que yo despertara, ella ya se había ido. Entre nosotros hubo muy poca

comunicación. La muerte pronto acabó con lo poco que compartimos mientras vivió, además de con sus miserias y sufrimientos. Ella murió cuando yo tenía unos siete años, en una de las granjas de mi amo, cerca de Lee's Mill. No me dieron permiso para acompañarla durante su enfermedad, ni tampoco en el momento de su muerte ni en su entierro. Se fue mucho antes de que supiera nada sobre ella. Sin haber disfrutado realmente de su tranquilizadora presencia y sus dulces y atentos cuidados, recibí la noticia de su muerte con la misma emoción que probablemente me hubiera producido la muerte de un extraño.

Al marcharse de repente, me dejó sin la menor información de quién era mi padre. Los rumores de que mi amo era mi padre podían ser o no verdad mas, que fueran o no verdad es cosa para mí sin importancia, ya que el hecho, patente y detestable, es que los esclavistas tienen dispuesto -y la ley lo establece- que los niños de mujeres esclavas han de heredar sin excepción la condición de sus madres; y esto lo hacen, sin necesidad de ocultarse, para administrar su propia lujuria y hacer de la satisfacción de sus crueles deseos algo tan lucrativo como placentero. A través de tan astuto acuerdo, los esclavistas en no pocos casos sostienen con sus esclavos la doble relación de amos y padres.

Conozco ejemplos; y es importante destacar que tales esclavos sufren invariablemente grandes miserias y han de enfrentarse con más problemas que el resto. En primer lugar, sufren constantes ofensas de sus amos. Estas siempre están tratando de encontrarles defectos. Rara vez hacen los esclavos nada de su agrado; de hecho, nada hay que pueda agradarles más que ver cómo les azotan, sobre todo si sospechan que su marido dispensa un trato de favor a sus niños mulatos frente al que dispensa a sus esclavos negros. El amo se ve frecuentemente obligado a vender a esta clase de esclavos por deferencia hacia los sentimientos de su esposa blanca; y, aunque parezca cruel el hecho de que un hombre se vea obligado a vender a sus propios hijos a tratantes de carne humana, es frecuente que sea un deber de humanidad lo que le obligue a hacerlo ya que, si no lo hace, no sólo tendrá que azotarlos él mismo, sino que también tendrá que ver cómo alguno de sus hijos blancos ata a su hermano, iguales entre sí salvo por la tez un poco más oscura del segundo, y emplea un látigo ensangrentado sobre su espalda desnuda; y, si el amo entona una palabra de desaprobación, deja patente su trato de favor como padre y sólo logra que las cosas empeoren para él y para el esclavo al que trata de defender.

Cada nuevo año trae al mundo multitud de este tipo de esclavos. Fue sin duda al conocer este hecho como un gran estadista del Sur predijo el final de la esclavitud debido a las inevitables leyes demográficas. Se cumpla o no alguna vez esta profecía, es evidente que en el Sur está surgiendo una clase de gente, hoy víctima de la esclavitud, de aspecto muy diferente a los esclavos que se traían a este país desde África. Lo único bueno que traerá su aumento demográfico es que perderá fuerza el argumento de que Dios maldijo a Cam¹ y que, por tanto, el esclavismo

¹ Personaje bíblico, hijo de Noé. Según el Génesis (9, 20-25), Noé, borracho de vino, fue visto desnudo por Cam. Noé, furioso por ello (sic) maldice al hijo de Cam, Canaán, diciendo que llegaría a ser esclavo de sus otros hermanos, Sem y Jafet. Así ocurre, llegando descendientes de Canaán a ser

norteamericano es legítimo. Si la línea de descendencia de Cam es la única que puede ser esclavizada según la Biblia, no cabe duda de que en breve la esclavitud en el Sur dejará de ser bíblica, ya que son miles los que, como yo mismo, deben su existencia cada año a padres blancos, padres que, la mayor parte de las veces, son sus amos.

He tenido dos amos. El nombre de mi primer amo era Anthony. No recuerdo su apellido. Le solían llamar capitán Anthony, un título que presumo adquirió vendiendo una embarcación en la bahía Chesapeake. No se le consideraba un esclavista rico. Poseía dos o tres granjas y unos treinta esclavos. Sus granjas y esclavos estaban bajo el cuidado de un capataz. El capataz se llamaba Plumer. El señor Plumer era un borracho miserable, un blasfemo y un monstruo abominable.

Siempre iba armado con un cinto de piel de vaca y una porra muy dura. Sé de él que hacía cortes y laceraba en la cabeza a las mujeres de un modo tan horripilante que hasta el amo se encolerizaba con su crueldad y le amenazaba con azotarle si no entraba el solo en razón. El amo, no obstante, no era ningún esclavista humanitario. Necesitaba que un capataz se aplicara de modo extraordinariamente bárbaro para que le afectara. Era un hombre cruel, curtido por una larga vida de esclavismo. A veces, parecía disfrutar mucho azotando a un esclavo. Con frecuencia me he levantado al amanecer con los desgarradores gritos de mi propia úa, a la que mi amo solía atar a una viga y azotar sobre su espalda desnuda hasta que, literalmente, la cubría por completo de sangre. No había palabra, lágrima u oración alguna que pudieran apartar su corazón de hierro de su propósito sangriento. Cuanto más alto chillaba más fuerte la azotaba y cuanto más rápido corría la sangre más prolongaba el castigo. Solía azotarla para hacerle chillar y entonces la azotaba hasta que se callaba; y sólo cuando le vencía la fatiga dejaba de mover su cinto empapado en sangre. Recuerdo la primera vez que fui testigo de esta horrible escena. Era tan sólo un niño, pero lo recuerdo perfectamente. y lo recordaré mientras me quede memoria. Fue la primera de una serie de atrocidades de las que me obligaron a ser testigo y parte. Me marcaron con una fuerza terrible. La puerta por la que tenía que pasar era la puerta manchada de sangre, la entrada al infierno de la esclavitud. Era un espectáculo absolutamente espantoso. Ojalá pudiera transferir al papel los sentimientos que me suscitó.

Este suceso tuvo lugar poco después de que me fuera a vivir con mi viejo amo y bajo las siguientes circunstancias. Mi tía Hester salió una noche -adónde o para qué, no lo sé- y ocurrió que mientras estaba ausente mi amo requirió su presencia. Él le había ordenado que no saliera por las noches y le advirtió que no quería verla nunca en compañía de cierto joven y que nunca olvidara que pertenecía al coronel Lloyd. El nombre del joven era Ned Roberts, más conocido como 'Ned el de Lloyd'. La razón por la que el amo cuidaba tanto de ella es fácil de conjeturar. Se trataba de una mujer de formas generosas y agraciadas proporciones, con una presencia física que pocas igualaban y todavía menos superaban de entre las mujeres, blancas o de color, de los alrededores.

siervos de Jafet. Por otra parte, sin más explicación en la Biblia, a los hijos de Canaán se les torna oscura la tez. (N. del T.)

Tía Hester no sólo había desobedecido sus órdenes al salir, sino que la habían hallado en compañía de 'Ned el de Lloyd', circunstancia esta que, según lo que decía el amo mientras la azotaba, fue la principal infracción. Si hubiera sido un hombre bueno por naturaleza, hubiera mostrado interés en proteger la inocencia de mi tía; pero todos los que le conocen no pueden ni imaginar que pueda poseer semejante virtud. Antes de comenzar a azotar a Tía Hester, se la llevó a la cocina y la desvistió hasta la cintura, dejándola su cuello, hombros y espalda al desnudo. Entonces le dijo que juntara las manos, llamándola a la vez j-a p_a.² Una vez hubo cruzado las manos, la ató con una soga recia y la condujo a un taburete bajo un enorme gancho clavado en una viga, puesto ahí para aquel fin. Hizo que se subiera al taburete y le ató las manos al gancho. Estaba ya preparada para el infernal propósito. Sus brazos estaban completamente estirados, para que se apoyara sólo en la punta de los pies. En esos momentos le decía: «¡Te voy a enseñar yo a desobedecer mis órdenes, j-a p-a!» y tras remangarse, comenzó a agitar el pesado cinto, y entonces la sangre, cálida, roja, comenzó a chorrear hasta el suelo entre los desgarradores chillidos de ella y las horribles blasfemias de él. Yo estaba tan aterrorizado y encogido por esa visión que me escondí en un armario y no me atreví a salir hasta mucho después de que la sangrienta operación finalizara. Pensaba que yo iba ser el siguiente. Todo aquello era nuevo para mí. No había visto nunca antes nada semejante. Siempre había vivido con mi abuela en los alrededores de la plantación, donde la habían dejado para que criara a los hijos de las mujeres más jóvenes. Hasta ese momento, había permanecido al margen de las sangrientas escenas que ocurrían en la plantación.

II

La familia de mi amo constaba de dos hijos, Andrew y Richard, una hija, Lucretia, y su marido, el capitán Thomas Auld. Vivían en una sola casa, en la plantación familiar del coronel Edward Lloyd. Mi amo era mayoral y superintendente del coronel Lloyd. Era lo que se podría llamar capataz de capataces. Pasé dos años de mi infancia en esa plantación, con la familia de mi antiguo amo. Fue allí donde presencié la sangrienta operación que relaté en el primer capítulo; y dado que fue en esa plantación donde recibí mis primeras impresiones sobre la esclavitud, voy ahora a hacer una descripción de la plantación y de la esclavitud tal y como allí existían. La plantación está a unas doce millas al norte de Easton, en el condado de Talbot, y se extiende a lo largo de la orilla del río Miles. Los principales productos que se cultivaban allí eran tabaco, maíz y trigo. Crecían abundantemente. Con los productos de esta y otras granjas que le pertenecían, mi amo era capaz de mantener en actividad casi continua a un gran balandro para llevar productos al mercado de Baltimore. El balandro llevaba por nombre «Sally Lloyd» en honor a una de las hijas del Coronel. El yerno de mi amo, el capitán Auld, era el amo de la embarcación, cuya tripulación estaba compuesta por los esclavos del propio Coronel. Se llamaban Peter, Isaac, Rich y Jake. Los cuatro eran muy estimados por

² En el original «d-d b-h», es decir, «damned bitch»: «puta de mierda, «jodida puta». (N del T.)

los otros esclavos, se les consideraba los privilegiados de la plantación; y es que no era poca cosa, a ojos de los esclavos, que tuvieran permiso para ver Baltimore.

El coronel Lloyd contaba en su plantación familiar con trescientos o cuatrocientos esclavos y poseía bastantes más en otras granjas aledañas de su propiedad. Las granjas más cercanas a la plantación familiar se llamaban «Wye Town» y «New Design». «Wye Town» tenía de capataz a un hombre llamado Noah Willis. «New Design» tenía de capataz al señor Townsend. Los capataces de estas y del resto de granjas, que sumaban más de veinte, eran asesorados y dirigidos por los mayores de la plantación principal. Esta era el centro de negocios. Era la sede desde la que se gobernaban las veinte granjas. Todas las disputas entre capataces se dirimían aquí. Si se culpaba a algún esclavo de cometer alguna fechoría grave, negarse a obedecer o intentar huir, se le llevaba inmediatamente allí, se le azotaba cruelmente y se le embarcaba hacia Baltimore, donde se le vendía a Austin Woolfolk o a algún otro traficante de esclavos, a modo de advertencia para los esclavos restantes.

También aquí, los esclavos de todas las otras granjas recibían su asignación mensual de comida y sus vestimentas para todo el año. Los esclavos adultos, hombres y mujeres, recibían, como asignación mensual de comida ocho libras de carne de cerdo o su equivalente en pescado y un celemín de harina de trigo. Sus vestimentas anuales consistían en dos camisetas y un par de pantalones de lino grueso, una chaqueta, un par de pantalones para el invierno hechos en un basto paño negro, un par de calcetines y un par de zapatos. El importe total de todo no debía de exceder los siete dólares. Las asignaciones mensuales de los niños esclavos se les entregaban a sus madres o a las viejas que los cuidaban. A los niños que no podían trabajar en el campo no se les daba zapatos, calcetines, chaqueta, ni pantalones; sus vestimentas consistían en dos camisas de lino grueso para todo el año. Cuando estas se rompían, iban desnudos hasta el siguiente día de asignaciones. Se podía ver, casi desnudos, a niños de los siete a los diez años y de ambos sexos en todas las épocas del año.

A los esclavos no se les daba cama alguna, salvo que una manta gruesa se pueda considerar como tal, además de que tan sólo los hombres y las mujeres tenían derecho a ellas. Y, sin embargo, esto no se consideraba una privación demasiado importante. Más que la falta de cama, el problema era la falta de tiempo para dormir. Cuando acababa su día de trabajo en el campo, la mayor parte de ellos tenían que lavar, remendar y cocinar, y teniendo en cuenta que disponían de pocas o ninguna facilidad para realizar tales tareas, muchas de las horas de sueño las pasaban preparándose para ir al campo al día siguiente.

Y una vez acabadas las tareas, viejos y jóvenes, varones y féminas, casados y solteros, se echaban unos juntos a otros en una cama común: el frío y húmedo suelo; y cada cual había de cubrirse con sus míseras mantas. Entonces dormían hasta que los llamaba la corneta del encargado. Al sonido de esta, todos debían despertarse y dirigirse hacia el campo. No podía haber la menor demora, todos y todas debían estar en sus puestos, y desgraciado aquel que no oyera esa mañana la llamada al trabajo, porque si no se despertaba por el oído, le despertarían por el tacto. No se hacían distinciones por edad o sexo. El señor Severe, el capataz, solía

permanecer en la puerta del barracón, armado con un palo de nogal y un cinto de piel, preparado para azotar a cualquiera que tuviera la mala fortuna de no oír o que, por cualquier otra causa, no estuviera preparado para salir hacia el campo al sonido de la corneta.

El nombre de señor Severe le era adecuado:³ era un hombre cruel. Le he visto azotar a una mujer, haciéndole sangrar durante media hora seguida; y esto, además, delante de su hija que entre llantos imploraba la liberación de su madre. Parecía disfrutar manifestando su feroz crueldad. Además de cruel era un blasfemo. Bastaba con oírle hablar para que a un hombre normal se le helara la sangre y se le pusiera el pelo de punta. Escasas eran las frases que salían de su boca, frases que, sin embargo, siempre comenzaban o concluían con alguna horrible blasfemia. Desde el amanecer hasta la puesta de sol se pasaba todo el tiempo maldiciendo, despotricando, haciendo cortes y dando cuchilladas a los esclavos del campo de la manera más escalofriante. Su carrera profesional fue corta. Murió muy poco después de que yo pasara a pertenecer al coronel Lloyd; y murió como vivió: profiriendo, en sus gruñidos de agonía, venenosas maldiciones y horribles blasfemias. Los esclavos vieron su muerte como el regalo de una misericordiosa Providencia.

El lugar del señor Severe lo ocupó el señor Hopkins.

Era un hombre muy diferente. Menos cruel, menos blasfemo y menos ruidoso que el señor Severe. Se caracterizó por no hacer una demostración desmedida de crueldad. Azotaba, pero no parecía disfrutar haciéndolo. Los esclavos decían que era un buen capataz.

La plantación familiar del coronel Lloyd tenía el aspecto de una aldea. Todas las operaciones mecánicas para todas las granjas se realizaban allí. La fabricación de zapatos y remiendos, la herrería, la carretería, la tonelería, la tejeduría y la molinera de grano las realizaban los esclavos en la plantación familiar. Todo el lugar tenía un aspecto serio, muy diferente al de las granjas vecinas. El número de casas, además, hacía que pareciera más importante que aquellas. Los esclavos la llamaban «La Granja de la Gran Casa». Uno de los mayores privilegios para los esclavos era el de ser elegidos para ir a hacer recados a la «Granja de la Gran Casa». En sus mentes se asociaba con grandeza. Un diputado no podía estar más orgulloso de ser elegido para ocupar una escaño en el Congreso de los Estados Unidos de lo que lo estaría un esclavo de las granjas periféricas cuando lo elegían para hacer recados en la «Granja de la Gran Casa». Lo veían como prueba de la confianza que los capataces habían depositado en ellos. Es por esto, además de por el constante deseo de escapar del campo y de los latigazos del capataz, por lo que lo consideraban un alto privilegio que todos esperaban obtener algún día. Se pensaba que este honor se le concedía la mayor parte de las veces al hombre más inteligente y de mayor confianza. Los que competían por este cargo trataban de complacer al capataz del mismo modo que, en tiempo de elecciones, un candidato trata de complacer a la

³ «Severe», en inglés: duro, riguroso, severo, estricto. (N del T)

gente. El mismo rasgo de carácter se podía observar en los esclavos del coronel Lloyd que en los esclavos de los partidos políticos.

Los esclavos seleccionados para ir a la «Granja de la Gran Casa» a por su asignación mensual y la de sus compañeros se mostraban especialmente entusiasmados. En su camino, hacían reverberar a millas a la redonda los viejos bosques frondosos con sus cantos salvajes, cantos que revelaban a un tiempo el mayor júbilo y la más profunda de las tristezas. De camino a la granja principal componían y cantaban sin tener en cuenta tiempo o tono. Los pensamientos surgían, si no de la palabra, del sonido, y frecuentemente tanto de la una como del otro. A veces podían cantar los más lastimosos sentimientos en los tonos más arrebatados y los sentimientos más arrebatados en los tonos más lastimosos. En todas sus canciones hacían siempre para urdir algún tema relacionado con la Granja de la Gran Casa. Lo hacían sobre todo cuando partían hacia ella. Cantaban entonces con la mayor euforia la siguiente canción:

«¡Voy de camino a la Granja de la Gran Casa! ¡oh, sí! ¡oh, sí! ¡oh!»

Cantaban a coro, con palabras que muchos verían como de una jerga sin sentido pero que, sin embargo, estaban para ellos cargadas del mismo. A veces he pensado que la sola escucha de estas canciones le haría a una mente comprender el horrible carácter de la esclavitud con mayor claridad que la lectura de todos los volúmenes de filosofía escritos sobre el tema.

No entendía, cuando era esclavo, el sentido profundo de estas toscas y aparentemente incoherentes canciones. Estaba dentro del círculo; de manera que no podía ni ver ni oír, como no ven ni oyen aquellos que están incapacitados. Esas canciones contaban una historia que por aquel entonces estaba más allá de mi pobre entendimiento; eran tonos altos, largos y profundos; expresaban la oración y la denuncia de almas desbordantes con amargas angustias. Cada tono era un testimonio contra la esclavitud y una invocación a Dios para que les liberara de las cadenas. La escucha de estas notas salvajes siempre abatía mi espíritu y me llenaba de una tristeza inefable. Con frecuencia me sorprendía a mí mismo llorando mientras las escuchaba. La mera repetición de estas canciones, todavía ahora, me causa aflicción; y mientras escribo estas líneas, una expresión de tristeza ha encontrado su lugar bajando por mis mejillas. A través de estas canciones vislumbré mi primera idea del carácter deshumanizador de la esclavitud. Nunca me he librado de esta idea. Estas canciones todavía me persiguen, haciéndome profundizar con el oído en la esclavitud e intensificando mi compasión por los hermanos encadenados. Si alguien quiere comprender los efectos aniquiladores que tiene la esclavitud para el alma, que vaya a la plantación del coronel Lloyd un día de asignación, se sitúe entre los frondosos bosques de pino y trate de analizar en silencio los sonidos que le van a pasar a través de las estancias de su alma; y si esto no le impresiona será sólo porque no hay humanidad alguna en su inflexible corazón.

Desde que vine al Norte no dejo de asombrarme cada vez que encuentro personas que pueden hablar del canto de los esclavos como prueba de su satisfacción y felicidad. No es posible caer en un error mayor. Los esclavos cantan más cuanto

más infelices son. Las canciones del esclavo representan los tormentos de su corazón; y sólo les calman de la misma manera que las lágrimas calman un corazón dolorido. Al menos, esa es mi experiencia. Suelo cantar para ahogar mis penas, pero casi nunca para manifestar mi felicidad. Llorar de alegría y cantar de alegría era algo poco común para mí cuando me encontraba bajo las fauces de la esclavitud. El canto de un náufrago en una isla desierta se puede considerar un canto de satisfacción con mayor propiedad que el canto de un esclavo; las canciones de uno y otro están provocadas por la misma emoción.